

El rostro de Ana estaba lleno de pena. Se estuvo quieta durante un rato, pero como los niños no pueden estarlo mucho tiempo, comenzó á mariposear en torno de su madre.

¡Santo Dios! ¿Qué hizo la niña? No pude contenerme y prorrumpí en una exclamación.

Ana había volcado un vaso de agua sobre unas telas. No olvidaré nunca el rostro congestionado de aquella madre. Estaba feroz. Con zaña increíble golpeó el débil cuerpo de su hija. La ví muchas veces levantar su mano blanca y bella y descargarla sobre la indefensa cabeza de la chiquilla. Era un espectáculo odioso y yo la aborrecía. La apostrofó con las mismas duras palabras con que arrojó al perro: «Quita de aquí, sinvergüenza». Y añadió: «Quisiera matarte».

La niña salió con las manos en la cabeza... hufa hacia dentro como si huyera de algo horrible. Había una inmensa desesperación en su carrera: parecía como si todo hubiese acabado para ella.

¿Se había fijado la niña en que su madre la abrumó con la misma imprecación con que lo hizo á su perro? ¿Así estarían confundidos la niña y su perro en el corazón de esa mujer?

Mi exclamación y la voz iracunda de su hermana llamaron la atención de mi amigo.

Salió de su cuarto é intervino: —Eres muy cruel, María le dijo. No oí más; ambos hablaban con acento comprimido. Cuando volvió á entrar me dijo así, en tono confidencial, pero exaltado: —No sé cómo son estas madres; ya ves cómo la trata; pues cuando cae enferma se desespera y no se separa un momento de su lado; si un chiquillo de la vecindad le pega, arma un buen alboroto y sin embargo ella lo hace sin piedad. Y Ana olvidará los golpes de sus compañeros, pero no olvidará nunca los de su madre. A mí me indigna mi hermana, te lo digo francamente: figúrate que porque los niños desgarran ó ensucian sus vestidos, los maltrata con la mano y con la palabra, como si sus vestidos fueran

para ella más queridos que sus hijos!

Estas mujeres tan mal educadas no deben tenerlos! Los hombres al buscar esposa no pensamos más que en la satisfacción del instinto. Buscamos la mujer, no la madre!

Mi amigo estaba realmente indignado.

—No sabes—continuó—cuánto luto yo aquí por la educación de esos niños, pero sus padres no hacen caso. Y lo más extraño es que mi hermana tuvo una niñez bien triste con su madrastra. Parece haber olvidado la amargura de sus días de chiquilla. Cuando se casó creí que sería una madre cariñosa porque sus dolores de niña los recordaría siempre y los evitaría á sus hijos, pero como ves, me equivoqué.

•••

Si alguien me hubiese contado esos hechos, yo habría imaginado una horrible madre, con el aspecto que tienen las ogras y brujas que ilustran los libros que leí de niño.

•••

Después de aquel tiempo he tropezado en mi vida con muchas madres parecidas á la de Ana. La educación que dan á sus hijos se reduce á alimentarlos, vestirlos y maltratarlos con sus manos y con sus palabras. Una me decía una vez, con tono admirado, hablándome de unos sobrinos suyos: «Son niños á quienes no pegan nunca! figúrese Ud!» Sonreí con amargura y miré con lástima al pequeño que tenía sentado en sus rodillas.

No hay escena para mí más repugnante y dolorosa, que ver á una madre con la mano levantada amenazando á sus hijos. ¿No tienen ojos para ver el gesto de desesperación, de impotencia y hasta de odio que hay entonces en el rostro de los niños? Si en sus corazones hubiera malicia, sus labios sabrían decir: «Para esto nos trajísteis al mundo?» Y sobre todo, ¡cuántos golpes injustos, dados por no saber leer los sentimientos de los niños! Golpes que